

El Mariscal Foch hombre de Cristo

(Vertido de *The Literary Digest* para EL CATHOLICISMO).

The Times de los Angeles (California) trae los siguientes conceptos sobre el Generalísimo de los ejércitos aliados, el Mariscal Foch:

«Mientras más se trata de profundizar para saber quién es Foch, más claro se ve en todos los actos de su vida y en cada uno de sus pensamientos que es un hombre de Cristo...»

«El secreto de Foch para obtener la fuerza y el mágico poder de dar a su patria victorias maravillosas lo sorprendió un joven soldado de California, enrolado en las fuerzas americanas expedicionarias en Francia, de apellido Evans, quien relata a sus padres, residentes en San Bernardino, cómo conoció de cerca al General Foch.

Evans había entrado en una antigua iglesia, para conocerla, y se hallaba allí con la cabeza descubierta satisfaciendo respetuosamente su curiosidad, cuando vio entrar a un hombre de cabeza cana, que llevaba en el cuello de su modesto uniforme las insignias de General. Sólo un ordenanza lo acompañaba. No se veían a su lado ayudantes con brillantes uniformes ni otro séquito alguno. No se fijó mucho Evans en aquel hombre; pero le llamó la atención verlo de rodillas orando casi durante una hora. Cuando se levantó y salió, Evans salió tras él a la calle y le sorprendió cómo lo saludaban con entusiasmo los soldados, y la actitud de admiración con que se detenían a su paso las mujeres y los niños.

«Era Foch. Y Evans de San Bernardino relata el suceso como el mayor de los que ha presenciado en su vida. Mientras que el Generalísimo de los ejércitos aliados permanecía de rodillas, en humilde súplica, en aquel tranquilo templo, diez mil cañones tronaban por su orden en aquellas colinas esparciendo la muerte.

te.

«Millones de hombres se mueven en las trincheras o en el campo raso, empapado de sangre, por su orden; generales, artillería, caballería, ingenieros, tanques, trabajan y combaten en toda la extensión del mapa de Europa, absolutamente como él les ordena hacerlo, y no de otra suerte, mientras que él viene a orar a esta pequeña iglesia.

«Y para el Mariscal Foch no es esto cosa desusada. No hay día que no lo haga lo mismo cuando se halla cerca de alguna iglesia. Siempre consagra cada día una hora a orar de rodillas al levantarse, y otro tanto hace en la noche. Además, no es esto cosa nueva en él; lo ha hecho así toda su vida.

«Si el joven Evans hubiera podido seguir al Mariscal al cuartel general, a donde le esperaban el cúmulo de noticias de victoria sobre victoria hacíanadas sobre su escritorio, habría visto en el semblante del Mariscal la alegría, pero no habría visto sorpresa en él.

«Los hombres que hacen lo que Foch no dudan. Cuando Clémenceau, el viejo tigre de Francia, se hallaba en el campo de batalla llena el alma de ansiedad, una mirada al rostro sereno de Foch, alejó todos sus temores y volvió a París con la seguridad y la certidumbre de la victoria.

«El gran estadista escéptico dudaba; pero en el encanecido hombre de Cristo no cabía la duda.

«El hecho es que cuando la suerte del mundo estaba en peligro, el mundo volvió los ojos hacia el genio que había de salvarlo; y Foch, quizá el primer soldado que ha producido la tierra, es ante todo un cristiano que declina todo honor para sí y lo refiere todo a Dios.

«El joven Evans de San Bernardino, un muchacho cualquiera llegado de remotas regiones, pudo permanecer en la vieja iglesia cerca de Foch sin que hubiera cerca

siquiera una bayoneta para proteger a éste. Los dos representaban las dos grandes democracias del mundo: pero allí en aquella vieja iglesia representaban conjuntamente algo más grande, la democracia de Cristo».

Colosal

Cuando un alemán admira una cosa cualquiera, para decir que esa cosa es admirable, dice que es colosal; colosal y admirable son dos palabras sinónimas en alemán. En realidad, el alemán no admira más que las cosas colosales.

—Esta tarde en el Unter der Linden he visto a una mujer...colosal!

Y uno se imagina a una de estas mujeres verdaderamente colosales, cuyo tamaño parece calculado para que, colocadas en frontispicio, le den al transeúnte la sensación de que son de tamaño natural.

Otras veces es uno mismo el que habla de una mujer. Un poco vacilante en el idioma, uno ensaya varios adjetivos encomiásticos, hasta que sale un alemán cualquiera y propone el adjetivo capital:

—Colosal ¿eh?

Y si se trata de una parisien, el alemán añade:

—Sí. Las parisienas son unas mujeres colosales.

¿Se imaginan ustedes a dos novios alemanes llamándose colosales mutuamente? Nada de "mon petit poulet" o "queridito mío," o "my little thing" o todos esos diminutivos que sugiere el cariño a los enamorados no alemanes, sino:

—Coloso mío!

—Mi mujeraza!

La manera como los alemanes dicen "colosal" es notabilísima. Abren la boca enormemente, como para darnos la idea de lo incommensurable, y van pronunciando las sílabas muy despacio. Según el objeto de que se trate, los alemanes emplean más o menos tiempo en decir "colosal." La palabra "colosal" nunca es tan colosal como en una boca alemana.

Ustedes podrán hacerse cargo de esto por medio de la ortografía alemana de la palabra. Los alemanes no escriben

FOLLETIN DE «ECO DE ORIENTE»

RUTH.

Por José David Guarín

Cuán siniestra es la melancólica luz de la luna para las almas que sufren. No parece sino que sus rayos traen una lluvia de melancolía que baña el corazón haciéndolo entristecer agradablemente unas veces y haciendo llegar el llanto a los ojos otras.

Infútil es decir que a Elías le comprimó el corazón la triste belleza de los campos. Para otro, aquello habría sido motivo de una mística contemplación; para él fué causa para avivar sus dudas, sus desesperanzas, sus agonías e incertidumbres.

Quedaron los cerros perfectamente alumbrados en las mesetas y perfiles mientras que sus quiebras guardaban las sombras que parecían haberse refugiado allí para salir cuando se hubiese ido la importuna luz que las ahuyentaba. Descubriéndose por otra parte llanuras como bañadas por algo silencioso y tranquilo; nada de movimiento, nada de vida se notaba en todo el espacio que ellas presentaban. Más cerca y como guardando el camino estaban los bosques en los que la luz hacía destacar árboles corpulentos y elevadas palmas que nada movía; nada, pues de las brisas ni un soplo había vuelto a llegar. Pero si de las copas de los árboles se hacía descender la vista, entonces la imaginación se detenía asustada ante la oscuridad tanto más contrastable, cuanto que la luz parecía hacerla condensada y profunda.

La mula empezó a descender por un callejón profundo y angosto que

conducía a la quebrada. Temeroso de encontrar algún obstáculo empezó el jinete a acortar el paso hasta que llegó a las aguas. No era cierto que se hubiese desvolcanado nada. Salido de allí y de un pequeño bosque que hay después empezó a subir por una pendiente suave y desde cuya cima se ve la ciudad.

No es fácil explicar la impresión que se siente cuando se llega a una población tarde de la noche y en una noche de luna.

Las ciudades parecen muertas. Las torres y ángulos más prominentes de los edificios se destacan, tomando en partes un baño blanco pálido que les da una triste hermosura, y en otras partes se hunden entre sombras que parecen escombros. Es entonces cuando el silencio habla más alto porque en las largas calles no hay movimiento, porque en las casas no hay ruido, porque en el aire no hay nada que se mueva ni